

Atenas

■ Me resulta curioso que la mayoría de las excursiones que se ofrecen a Europa, no comprendan una visita a Grecia. Allí debieran ir, en peregrinaje todos los occidentales que puedan viajar. Así, reconocerían sus raíces culturales, comprenderían mejor sus concepciones filosóficas y estéticas, pues, por algo la historia de Occidente nace en Atenas.

Una sensación extraña invade al viajero en cuanto pone sus pies en tierra griega. El paisaje que empieza a discernir, los monumentos que le salen al paso inadvertidamente, los rostros de la gente que lo circundan tienen una aproximación espiritual que desorienta. Después principia a advertir que lo que está viendo "en vivo y en directo" es lo mismo que le mostraban las láminas de los libros de historia que se estudiaban en el colegio y que nombres de lugares que parecían legendarios, corresponden aquí, al diario vivir.

Por de pronto, en el centro de Atenas está el Acrópolis. Uno lo divisa desde el bus, al igual que el santiaguino ve el San Cristóbal, pero en su rocoso promontorio, nada de clavado, en vez de jardines o de zoológicos, está la presencia del Partenón. El viajero se marea sacando las cuentas de que ese edificio semiderruido tiene más de dos milenios, que los primeros habitantes de aquel lugar, datan de 3.500 años antes de Cristo. Y cuando sube por las laderas del Acrópolis y entra en medio de las ruinas del Partenón siente como en ninguna otra parte, que el tiempo se ha detenido, que la piedra da testimonio de un ancestro que descendemos de esos seres privilegiados que crearon la civilización griega, tan poderosa, que la infiltraron en sus vencedores, los romanos y éstos la traspasaron a los demás pueblos que conquistaron.

En el colegio, nos enseñaron que el

Monte Parnaso era el lugar donde habitaban los dioses. Hoy, un moderno bus nos lleva a conocer el lugar y, de pronto, el guía llama la atención sobre una enrucillada que se ve en un camino de tierra. "Allí es donde Edipo mató a su padre" nos informa y el viaje se queda sorprendido de esa materialidad de la leyenda, viendo el punto preciso donde debiera estimarse que se generó nada menos que el complejo de Edipo.

Pero cuando se visita los museos griegos es cuando uno reconoce ser tributario de esa cultura. Es diferente lo bello para el oriental que para el occidental. Las obras de arte indias o chinas de alguna manera nos son ajenas, pero en los museos griegos encontramos la matriz de nuestra sensibilidad estética. La proporción, la pureza de los contornos, el trazo armónico preside no sólo las estatuas, sino hasta los más vulgares utensilios que se usaban en la antigüedad. De ahí nace, ciertamente una sensibilidad estética que se ha ido traspasando de país en país, de generación a generación y que, en su esencia, se mantiene no obstante todas las diferencias estilísticas que ella misma ha sido capaz de engendrar. Es la sensibilidad estética de nosotros, los occidentales.

Grecia es hoy un pequeño país que no gravita ni en la economía, ni en la cultura contemporánea ni en la política del continente europeo. No tiene necesidad de hacerlo. Posee en cambio algo que ya no se le puede arrebatar: su pasado. Y ese pasado que es el de todos nosotros, es el que se nos viene encima cuando la visitamos.

Por eso, para descubrir de dónde venimos, es bueno que todo occidental, en condiciones de hacerlo, haga un peregrinaje a Atenas.

Para saber adónde vamos, siempre es conveniente saber de dónde venimos.

PARÍQUINO